

Probanza de la significación del rocinante y el rucio en el Don Quijote de la Mancha o donde se afirma que ambos animales deben tenerse como personajes simbólicos

1.—Otra vez en camino.

Don Quijote deambula por tierras de América. Le sigue su fiel Escudero. Ambos van en busca de nuevas aventuras. Y no es que en España ya no quede hazaña por realizar, sino que por estos contornos nace una nueva aurora. Don Quijote cabalga su Rocinante y Sancho su rucio. Hay muchos entuertos por deshacer y no pocos encantamientos que romper. Si han rodado los siglos hacia el abismo sin fin, no ha ganado el hombre en experiencia. La mucha ciencia le entullece. Impera el mal y se extiende el odio, como la mala yerba. El hombre es cada vez más fiero lobo del hombre. Se han olvidado las palabras del Cristo y se ignoran los ejemplos del Santo de Asís. La ilusión del Caballero de la Triste Figura está puesta, como ayer, en una quimera: la paz. Su nueva salida lo obliga a pelear sin descanso ni sosiego. El evangelio de Bolívar no trajo la fraternidad a los Americanos. Las fronteras son más infranqueables cada día. Si ayer Don Quijote puso sus ojos en Dulcinea, figura ideal y simbólica, hoy lo seduce la ficción que los hombres han simbolizado en el ramo de olivo que lleva en su pico la poloma mensajera. Es la virtud por excelencia, que pone tranquilidad en los ánimos y fe en los corazones. Uno de los frutos del Espíritu Santo.

El dios de la fuerza hizo levantar dos grandes columnas en España, con esta leyenda: "Non plus ultra". Ahora el dios de la paz trata de levantar en América su templo. Don Quijote tiene otra tarea por realizar. Si son muchas sus hazañas y no pocas las que le restan por acometer, no finalizará su vida frente a las puertas de la felicidad. Como Hércules, el más importante personaje de la mitología heroica, alcanzará el Olimpo sin perder la vida terrea. Es su destino y el destino de América. Aquí se gesta una nueva era del mundo. Más no será Sancho el héroe sino su Señor Don Quijote, símbolo de las grandes quirotadas.

Don Quijote no domó caballos. El suyo era tranquilo y manso. Tampoco sometió al yugo a ningún toro. Eso sí, quebró lanzas contra los molinos de viento, los yangüeses y los malandrines. Deshizo encantamientos y batalló por la virtud de su dama. Y cuando se encendía su cólera y en cumplimiento de lo que creía su deber de caballero, acometía recio, parecía un nuevo personaje mitológico: se confundían él y su caballo. Eran ambos como un centauro.

Su destino fué siempre batallar. Su tarea no ha terminado. Cobra nuevas demandas cada vez, porque el mundo si gana en progreso, pierde en humanidad. Ya no hay nobles caballeros; abundan más los rufianes. No alienta el ideal, sino que mueve e impulsa el becerro de oro. Por eso anda loco el mundo. Urgía una nueva salida de Don Quijote. Es el ejemplo, permanente y firme, del desprendimiento y la sinceridad. Nunca pensó en su persona, tanto como en el triunfo del bien y de la justicia. Entonces lo creyeron loco. Mas el tiempo le dió la razón. Se cuenta que a Dionero, por haber hurtado sus asnos al rey de los Lapitos, le hicieron caer en una trampa y pagó su mala acción en un horno encendido. Don Quijote, inflamado en su locura, si no ganó batallas, sí alcanzó la inmortalidad, porque fué sincero consigo y no buscó ni la gloria ni el dinero; sólo le interesó el reino de la virtud y de la bondad, que garantizan la fraternidad humana.

En América debe realizar su nueva batalla. Estamos en espera del tipo del hombre nuevo; quizá el superhombre que decía Nietzsche. Ha llegado la hora de la cita con el Destino.

2.—*El Caballo y el Mulo al Través de la Historia.*

El proverbio árabe dice: "Una higuera, mirando a otra higuera, se hace fértil". Tenemos la pretensión de creer que adentrándonos en la obra de Cervantes, con pasión y sutileza, nos beneficiamos con sus luces. Podemos reflejar esa luz ajena. Y como no buscamos gloria, sino que abogamos por la justicia, hemos de salir bien.

Todos han visto en Don Quijote y Sancho la más perfecta dualidad humana, pero nadie, que sepamos, ha pensado en que Rocinante, y rucio, son parte integrante de aquellos dos personajes. Verdaderos personajes simbólicos. Sin ellos no hubiera existido el Don Quijote.

Rocinante no es el animal altanero y animoso, que hace cabriolas, salta vailados y no se espanta ante ningún peligro. A ratos hay que espolearlo. Es manso: ama más la tranquilidad y la libertad, que las hazañas. Pero como es dócil y leal, participa en todas las locuras de su amo y se contagia de su ardor.

Tiene su historia el caballo. Cuatro son los Caballos de la Aurora, según la mitología. Ellos arrastran el carro del Sol en su curso diario. También son cuatro los Jinetes del Apocalipsis. El Pegaso, que nació de Medusa, permitió al Héroe ganar la libertad de Andrómeda. Belerofonte, montado en Pegaso, combatió y mató a la Quimera. Concibió la temeridad de remontarse hasta el cielo, tanta era su fe en su caballo alado.

Los chinos atribuyen al emperador Chitmung la invención del arte de la equitación y la leyenda árabe supone que Alá crió el caballo, únicamente para servir de montura.

En la Grecia heroica y legendaria se estimó al caballo como el más bello y útil de todos los animales, digno como tal, de la sociedad de los dioses. Un caballo tiraba del carro de Apolo. También usaron los griegos el caballo como animal de tiro, en el arte de la guerra.

Según Virgilio, un caballo es la divisa del gran capitán, del hombre valeroso. No podía faltarle a Don Quijote. Minerva le dió un caballo a Belerofonte para que combatiera con éxito. Se explica que en las medallas púnicas, el caballo sea el símbolo de la Cartago heroica.

A Europa le dan un caballo por atributo, denotando su afán guerrero, que ni los siglos ni las desgracias han logrado desvanecerle.

Homero recuerda el Caballo de Troya, construído de simple madera y que fué el recurso de los griegos para lograr la rendición de aquella ciudad.

Todas las mitologías conceden al caballo lugar preeminente: si unas veces sirvió para el sacrificio de los paganos, también fué otras alimento de los pueblos.

En España, cruzando los caballos europeos con los árabes, se produjo la raza andaluza, que hasta el siglo XVII, se tuvo por la más estimable del Continente, y el símbolo más hermoso de la fidelidad al amo. Un caballo árabe es capaz de morir de hambre y de tristeza al lado de la tumba de su dueño y señor.

Cervantes, pues, no escogió sin mérito, al caballo, para compañero de Don Quijote. Ideó su personaje central, como el tipo desprendido y generoso, capaz de todos los sacrificios y enamorado, impenitente, del ideal, y lo hizo cabalgar sobre su Rocinante, en el cual simbolizó la fidelidad acendrada. Fué el complemento. Hay unidad y hasta diríamos que se confunden; son como un solo "yo". Por eso lanzamos el aserto de que el Rocinante, como el rucio, deben tenerse como personajes simbólicos. En este ensayo, tratamos de probar nuestra tesis.

Nos toca hacer honor al rucio. La semántica del idioma nos dice que la mula es la hembra del mulo. Un producto híbrido de la yegua y el asno. Si el híbrido es hijo de yegua, se le denomina mulo. Según los comentadores de la Biblia, *Laimin* quiere decir mulo. En el Veda se cita al mulo con el nombre de *Acvatara*. Herodoto refiere que Ciro mandó transportar agua en carros de cuatro ruedas tirados por mulos. Alejandro hizo movilizar un gran número de mulos de Babilonia y Mesopotamia, de tiro y carga, cuando tomó la ciudad de Persépolis. Los creyó indispensables para impulsar su progreso. En la *Iliada* y la *Odisea*, los mulos se mencionan con frecuencia. En el pesebre de Belén, una mula dió calor al recién nacido, que era Dios hecho hombre. Más tarde, el Maestro de Galilea escogió un pollino para hacer su entrada triunfal a Jerusalén. Y para completar las citas del simbolismo religioso, hay que agregar que cuando la huída de las Tres Divinas Personas a Egipto, la Virgen cabalgó sobre una mula, y que la única mula que ha hablado, fué la de Balán, según refieren los Libros Sagrados. Acaso esto no dió pie, más tarde, a Esopo, para poner a dialogar a los animales y dar originalidad a sus fábulas?

Es verdad que los mulos suelen ser muy irritables; pero también lo es que son nobles. Sin duda por eso Cervantes escogió al mulo para compañero de Sancho. Es el símbolo de la resignación. ¿No representa Sancho al pueblo?

Recordando los apólogos de Esopo,— el primer libro que un maestro comprensivo puso en nuestras manos, como premio, cuando apenas salíamos del delectreo, —recordamos que él hizo dialogar a los animales sobre el bien y el mal. En sus palabras fluían la sátira y la filosofía. Una vez dijo Esopo a Solón:—"Es

preciso callar delante de los reyes o adularlos". A lo cual contestó el Filósofo: —"Es preciso callar o decirles verdades útiles". En este elogio a Rocinante y rucio, no prodigamos tantas alabanzas, como nos empeñamos en resaltar sus virtudes. En todo caso, preferiríamos caer en el vicio de adular a los animales, antes de mentir virtudes a los hombres.

Decía Cicerón: "Como las cosas humanas son frágiles y perecederas, deben buscarse siempre algunos amigos a quienes amemos y por quienes seamos amados". Cervantes, espíritu sutil, pensó en que ningún compañero, ningún amigo mejor para Don Quijote y Sancho, que Rocinante y rucio. Ellos se comprendían. Se sintieron unidos a un mismo destino; héroes de una propia hazaña. Fueron benévolo y afectuosos los amos con sus animales y éstos leales y abnegados con aquellos. Suprimid la benevolencia y el afecto y desaparecerá todo el encanto de la vida. El mundo será un caos.

El mal que está padeciendo la humanidad en esta hora mísera. Por eso se ha impuesto la nueva salida de Don Quijote.

3.—*La ecuación eterna: Don Quijote y Sancho; Rocinante y rucio.*

Dos Castas y una Sola Fraternidad.

El Don Quijote es un drama humano y no se podía prescindir en él del comercio de los animales. Aparte de que nunca se supo de un Caballero andante que saliera a buscar aventuras seguido de un perro o sin su propia cabalgadura. El mismo nombre de su profesión, la caballería, que supone orden de caballeros, implica el uso del caballo, como medio para su movilización. No se comprendería el Quijote montado en otro animal que no fuera Rocinante. Pero si al amo corresponde una caballería mayor, a su escudero le estaba reservada la caballería menor, el borrico. "Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca". Una vez, cuando Rocinante quedó molido a palos, en batalla que da honra, cabalgó Don Quijote atravesado en el asno, y "hay gran diferencia de ir caballero al ir atravesado como costal de basura".

Es oportuno recordar, para realzar el sentido de castidad que distingue a Don Quijote y su Rocinante, que la vez que salió mal ferido este animal, en la desgraciada aventura con los desalmados yangüeses, fué cuando se le ocurrió echar una cana al aire y salió con "trotillo algo picadillo" a refocilarse con las señoras facas. Llevó tal número de coces, que "quedó sin silla en pelota."

Hay razones fehacientes para afirmar que Rocinante y rucio son el complemento de Don Quijote y Sancho. Por abstracción se puede hacer la prueba: cerremos los ojos y pensemos en aquellos dos personajes cervantinos, prescindiendo de sus respectivos animales. Quedan incompletos. Tampoco podría suponerse a Don Quijote cabalgando en un caballo tomado al azar; ni a Sancho sobre un pollino, así fuera de aquellos que le ofreciera su amo, para calmar su pena, cuando desapareció el rucio. Esta escena parece escogida de propósito para atestiguar nuestra afirmación. No; tienen que ser Rocinante y rucio, a quienes por algo, hasta distinguió Cervantes con nombre propio. Y dentro del simbolismo animal, el caballo ya es representación de la fidelidad y el asno de la man-

sedumbre. Como hay una manifiesta unidad entre estos personajes cervantinos y sus animales, llegamos a comprender que no hay nada más filosófico que el rebuzno del asno. Mi asno, dirá Sancho, "que por no nombrarle con este nombre le suelo llamar rucio".

Si Don Quijote y Sancho se hermanaron, tanto, siendo tan diferentes, Rocinante y rucio no hicieron menores paces. Su amistad "fué tan única y tan trabada, que hay fama por tradición de padres a hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; más que por guardar la decencia y decoro que a tan heroica historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su presupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban acudían a rascarse el uno al otro, y que después que estaban cansados y satisfechos de rascarse, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, que le sobraba de la otra parte más de media vara, y mirando los dos atentamente al suelo se solían estar de aquella manera tres días o al menos todo el tiempo que les dejaba o no les compeñía la hambre a buscar sustento."

Podríamos insistir, tomando como base la pictórica cervantina. Ningún artista ha logrado dar mayor sentido a sus cuadros de Don Quijote y Sancho, sino cuando los hace cabalgar sobre sus respectivos animales. Hay unidad entonces. Mostrad a un niño un mal dibujo que imite al Caballero andante y al rocín, y así no tenga sino una vaga idea de la obra máxima de Cervantes, os dirá enseguida: Don Quijote. Lo propio sucederá si se trata del Escudero y su mulo: Sancho. No vale el mejor busto, ni la más fiel estampa de cuerpo entero, de estos personajes, en mármol o bronce, tanto como lo que dicen, en su mudez, Rocín y rucio.

Hay una admirable filosofía que sacar de esta aventura caballeresca y galante, que nos legara Cervantes; establece dos castas: la del Señor y la del escudero. La de Rocinante y la de rucio. Pero todos se hermanan, y no sólo forman un solo cuerpo en la obra que ganó la inmortalidad, sino que están unidos por el pensamiento y el corazón. Sancho parece más loco que su Amo, a la postre, cuando hasta hace gala de su repertorio de refranes. El mulo carga una vez a Don Quijote. Rocinante y rucio se halagan y consuelan mutuamente, sin hacer diferencias de castas.

No es posible concebir la segunda parte del Quijote prescindiendo de Rocinante y rucio. Cervantes por consciente quiso prescindir de ellos; por subconsciente los volvió a poner en escena, para no dejar inconcluso su drama.

El problema de Don Quijote es de amor: las ansias amorosas tienen como término la satisfacción. Hasta cierto punto, Don Quijote se satisface en su Rocinante. Casto como él, es su mejor amigo, su confidente. Como él, leal y romántico. Acepta su trágico destino sin queja. Don Quijote y Rocinante; Sancho y rucio, son como los términos de una ecuación. Parecidos en su continente físico y en el moral. Si hay un rato libre, el mulo paca; si caé la acémila, Sancho irá a despojarla de las alforjas para aprovechar su recaudo. Sancho se satisface en su mulo. Quizá le haga más falta que su propia familia, con ser tan cariñoso y apegado a su hogar. En ese amor a los animales vemos una válvula de escape sentimental, lo que dicen los psicólogos: la sublimación, o sea la transformación



de los impulsos sexuales reprimidos, en actos espirituales superiores. Así se explica, consiguientemente, la castidad de Dulcinea, que resulta una ficción.

También se explica esa pasión que Don Quijote pone en su hazaña y ese avenimiento de Sancho, que lo mueve a seguir, sin discusión, a su amo, soñando la quimera de su ínsula. Porque van por los caminos de la Mancha, uno con los ojos puestos en Dulcinea, que es una ficción amorosa; y el otro en la ínsula, que nadie vió ni nunca alcanzó. Sin darse cuenta ni pensarlo, los personajes de Cervantes hacen posible el breviario moral laico, el evangelio de la fraternidad, el mejor mensaje para las almas.

El Don Quijote de la Mancha vivirá tanto como el mundo exista. Allí constan, como dijera Gerchunoff, las "aventuras del ideal; explosiones de bizzarra vesania contra el nivel mediocre". Se retrata a la propia humanidad; su sentido práctico; el sentimiento idealista, romántico. Lo que mantiene y renueva la vida. Por eso es un libro inmortal.

4.—*De la Significación del Rocinante y el rucio en las Andanzas de don Quijote y Sancho.*

No cabe la menor duda, después de un examen minucioso y concienzudo, de que entre el Rocinante y el rucio hubo una perfecta amistad, una compatibilidad de sentimientos y afectos. Juntos sufren las consecuencias de la locura de sus amos y juntos dialogan en los prados, cuando tienen ratos de descanso. No hay nunca una queja ni una protesta. Su misión es la de ser compañeros inseparables de Don Quijote y de Sancho; hasta la muerte. Forman, cada uno de ellos, unidad con su respectivo amo.

Era rocin flaco y galgo corredor, según lo presenta Cervantes al iniciar su obra. Pero Don Quijote al unirlo a su aventura, le dió distinción y singularidad. Ya cuenta él mismo: —"Fué luego a ver a su rocin, y aunque tenía más cuartos que un real, y más tachas que el caballo de Gonesla, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque (según se decía él a sí mismo) no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, y así procuraba acomodársele de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces: pues estaba muy puesto en razón que mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba: y así después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar *Rocinante*, nombre a su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué rocin, antes de los que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre y tan a su gusto a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar Don Quijote..."

A poco, subió sobre Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel... No tardó, también, en llevar sus palos y cuando

creyó encontrar al marqués de Mantua, hubo de ser recogido por el compasivo labrador, que lo montó sobre su jumento, y llevando de la rienda a Rocinante, lo condujo hasta su casa. "De puro molido y quebrantado, no se podía tener sobre el borrico".

En ese tiempo solicitó los servicios de otro labrador, vecino suyo, para que le sirviera de escudero. Con muchas promesas en la cabeza y algunas monedas en los bolsillos, producto de la venta de sus propios haberes, que no eran numerosos, se puso en marcha, llevando su asno, "que tenía por muy bueno", y que le era indispensable, porque "él no estaba hecho a andar mucho a pie". Juan Pueblo generalmente se deja arrastrar. Desde ese momento estuvieron unidas las suertes de Don Quijote, Sancho, Rocinante y el rucio. Parece de intento, la repetición de la escena del trueque de Rocinante por la modesta bestezuela, que lo movió a explicar a Sancho: "no tendré a deshonra la tal caballería".

El propio Cervantes, cuando sintió "náusea del otro Don Quijote", sin pensar en que no "es poco trabajo hacer un libro", puso manos a la obra, ordenó a sus personajes una nueva salida, y justificóla con estas razones, que constan en el prólogo:—

"Válame Dios, y con cuánta gana debes estar esperando ahora, lector ilustre, o quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo Don Quijote; digo de aquél que dicen que se engendró en Tordesillas, y nació en Tarragona..." La gran preocupación, no son los epítetos que le endilgan a él, sino el "menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea de Toboso".

Y cuando, sin acabar razones, para condenar el abuso de Fernández de Avellaneda, Don Quijote oye los relinchos de Rocinante, los toma por felicísimo agüero y decide ponerse en marcha. Presto vieron en camino a Don Quijote sobre su Rocinante y a Sancho a horcajadas sobre su antiguo rucio. Ni por pienso pasó la idea de sustituir a los antiguos compañeros de jornada. Pese al epitafio final del primer tomo:

"El que hizo callar los Belianises
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debajo desta losa fría."

Rocinante y rucio parece que se dieron buena cuenta de su papel en la historia de Cervantes, porque fueron adaptándose a sus respectivos amos y hasta tomaron parecido de sus contexturas físicas: mientras Rocinante enflaquecía, rucio redondeaba su barriga. Ellos pacían en tanto sus amos comían. Si bien Don Quijote mandaba que mientras anduviesen en campaña o no durmiesen bajo techo, no se desliñase a Rocinante, esto es, que no se le privara de su silla, por ser esa costumbre de andantes caballeros.

¿Acaso, mientras pacían regocijados, no dialogaban Rocinante y rucio? No lo permitieron así los dioses, para que se hicieran más patentes sus afectos y los que por sus amos profesaban? Ya Esopo había oído dialogar a los animales. El propio Cervantes recogió la filosofía sobre la virtud y la sabiduría del pobre, que expusieron Cipión y Berganza, los perros del Hospital de la Resurrección, de la ciudad de Valladolid.

Ejemplo de acendrada amistad, de límpida lealtad, son Rocinante y rucio “para confusión de los hombres que tan mal saben guardarse amistad, los unos a los otros”. Por algo se dijo:

“No hay amigo para amigo.
Las cañas se vuelven lanzas”.

Y esta amistad caballar, no tenía límites, pese a que Cervantes estableció entre las dos bestias señaladas diferencias: Rocinante solía escribirlo con mayúscula y rucio con la modesta erre minúscula. No sería, por cierto, para destacar la diferencia que existía entre sus cuerpos.

Más no se crea que no tuvo pasión por sus animales, que hasta en el mismo trance de la muerte, Don Quijote se acuerda de ellos y se preocupa por la suerte de su caballo. Cómo suenan al oído las recomendaciones finales: “Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras...”

5.—*De la Castidad de la Señora Dulcinea del Toboso.*

Don Quijote era un hombre virtuoso y casto, lo dice él mismo: “que no soy de provecho para nadie, merced a la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso”. Y para no citar varios pasajes, traigamos a cuentas aquí donde se refiere la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea. Debía partir a buscarla y acongojado ante la pena de su Amo, habla consigo mismo: —“Sancho hermano, a dónde va vuesa merced. ¿Va a buscar algún jumento que se le haya perdido? No, por cierto. Pues ¿qué va a buscar? Voy a buscar, como quien no dice nada, a una princesa, y en ella al sol de la hermosura y a todo el cielo junto.”

Es en esta oportunidad cuando declara: “Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás”. Era un personaje irreal; una simple ilusión. Así quedó recalcada la castidad de Don Quijote. No era una pasión femenina lo que lo mantenía y alentaba, sino su ideal. Por eso, cuando la mujer soñada estuvo frente a frente, en figura de aldeana, la creen encantada, Don Quijote y Sancho. También el escudero sufre alucinaciones. Fue cuando encontraron las tres aldeanas, “blancas como el copo de la nieve”, —que el Caballero de la Triste Figura supuso que fueran borricos—, error del cual lo sacó Sancho, afirmando que era la reina y señora, por cierto, “no de muy buen rostro porque era carirredonda y chata.”

Para caracterizar mejor la forma en que se deshizo la idealidad, al materializarse, pinta Cervantes el cuadro de la huida de la *Hacanea* o *cananea*, caballo especial para damas o príncipes, una borrica jacona que dió corcovos, tantos, hasta dar en el suelo con la señora. La única vez que pudieron tocar su cuerpo las manos de Don Quijote y las de Sancho, mas para tener la desilusión de que los traidores encantadores no se contentaron con embrujar a Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, oliente a ajo crudo. Eso atosigó el alma del fiel enamorado.

Puede darse desilusión mayor? Haber idealizado una mujer, que se sublimó de belleza y virtud, mientras no se vió, y que al tenerla a la vista, resulta

una aldeana corriente y simplona? Este detalle sólo, pinta la castidad de Don Quijote, virtud que también compartía su Rocinante. El mismo lo dice en otro pasaje: "Jamás tal creí de Rocinante, que le tenía por *Persona Casta* y tan pacífica como yo". Y es de fijarse, que lo considera, en esta ocasión, como persona.

En el capítulo del Curioso Impertinente, cuando se habla de Camila, se insiste en el concepto de la castidad: "...cifra de toda belleza; es archivo donde asiste la *Honestidad*, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada a una hermosa mujer."

Y como los dos animales que más destacan su personería en la obra, Rocinante y rucio, debían ser reflejo fiel de las costumbres, las ansias y los pensamientos de sus amos, eran casto Rocinante y manso el rucio; uno y otro tenían otra virtud mayor: la conformidad, que corría parejas con su fidelidad.

Empero, si amos y cabalgaduras, pasaron sus angustias y llevaron sus vaneos, justo es decir, en loanza de los primeros, que siempre manifestaron la mejor consideración para sus bestias. Se pensaba al tiempo en la propia persona y en los jamelgos. Don Quijote pedía algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Pero Sancho no le iba en zaga. Su rucio "era la lumbre de sus ojos". Cabalgando sobre él, procuraba ganar en el arte de la equitación, pues ya su amo le había afeccionado en materia de caballerías: —"Cuando subieres a caballo, no vayas echado el cuerpo sobre el arzón postrero, ni llesves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas flojo, que parezca que vas sobre el rucio, que el andar a caballo, a unos hace caballeros, a otros caballerías."

Qué falta hace, a algunos hombres, que les enseñen, por igual, la forma elegante, distinguida y honorable, de montar a caballo, y la de ganar prestancia en el ejercicio de cualquier otra actividad! Que si el hombre mal montado, semeja un saco de papas cargado sobre una bestia, el político poco previsor, por ejemplo, cuando no guarda la compostura que su posición le demanda, no sólo hace mal gobierno sino que desluce sus actuaciones, afea sus procederes y se hace despreciable a la consideración pública, a la vez que se cierra la puerta de la Historia, que sólo ha de recoger, para exaltarlos, los hechos y las acciones y los nombres de quienes las ejecutaron con honestidad y brillantez, para bien de sus pueblos.

6.—Donde se da Crédito como Personajes Simbólicos a Rocinante y rucio.

Bien, pueden o deben tenerse como personajes simbólicos del Quijote, a Rocinante y rucio? Afirmamos que sí. Y sin caer en pedantería, recurrimos al Diccionario de la Lengua Española, que en su acepción segunda, establece: "*Personaje*: Cada uno de los seres humanos, sobrenaturales o simbólicos, ideados por el escritor, y que como dotados de vida propia toman parte en la acción de una obra literaria". Ya estaríamos relevados de hacer más argumentos, pero como a nadie se le ha ocurrido, que sepamos, la peregrina ocurrencia de considerar a Rocinante y rucio como personajes de Cervantes, en una obra como el Don Quijote de la Mancha, donde abundan tantos, —seiscientos sesenta y nueve—,

si las cuentas no andan mal; unos presentes en cuerpo y alma, y otros invisibles, como la señora Duſcinea del Toboso, resultará absurdo ponerse a buscar más. Con los que hay sobra y basta. Pero nos hemos metido en esta aventura y trataremos de salir airosos, cueste lo que cueste. Gracias que la fe transporta montañas.

Hemos de insistir, pues, en el razonamiento. Apelamos ahora al Diccionario etimológico de Mōnlau: "*Persona*; del 1. máscara, individuo que llevaba puesta la máscara y últimamente individuo en general. Algunos descomponen persona en *Per* y *Sonus*, sonido, esto es resonante; máscara o cara que mete mucho ruido". El Rocinante y el rucio meten bastante ruido en el Don Quijote.

Cervantes conocía la mitología. Seguramente recordó los Caballos de Diómedes, propiedad del rey de Tracia. Como se alimentaban de carne humana, les servían de pasto los cadáveres de los extranjeros que llegaban al país. El propio rey fué víctima de la ferocidad de sus cuatro caballos. Lo que realizó Hércules, lo repetirá Don Quijote. Para ganar la paz se servirá de los trágicos caballos de la guerra. Los jerarcas de la política del mundo se solazan encendiendo la hoguera, sin pensar en que el fuego puede arrollarlos. Los agricultores rurales suelen apelar al fuego para limpiar sus predios; pero un día los cerca el fuego y son víctimas de su propia imprudencia temeraria. El odio, que es fuego, arrasará a quienes con fuego juegan.

Tomamos muy en cuenta, en esta nuestra exposición, que Sancho se acogió lo bastante, cuando "oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente, y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que a la verdad no estaba muy bien parado". Esto sucedía cuando se detuvo Sancho con Ricote. Si no oyó hablar a su asno, sí lo conmovieron sus lamentos. Pese a que "asno se es de la cuna a la mortaja", vale decir, quien nace asno, asno se queda. Este de Sancho tenía entre otras condiciones, la de rebuznar recio, tanto que hacía retumbar las cuevas, y por su rebuzno lo conocía su dueño, "como si le pariera".

Sancho, tan simple a ratos, resulta medio docto al final, pues la compañía de Don Quijote, inclusive, lo hace filosofar, dialogar con su juramento: "...cómo has estado, bien mío, rucio de mis ojos, compañero mío?, y con esto le besaba y acariciaba como si *Fuera Persona*; el asno callaba, y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna".

Tan apasionante debió ser la escena, que Don Quijote, a pesar de haber recuperado al rucio, dijo a su Escudero, "que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos."

Reafirmamos nuestra tesis, de que Cervantes pensó en darle categoría de personajes al Rocinante y rucio, cuando recordamos que él apeló una vez al recurso de poner a dialogar a dos perros: Cipion y Berganza, de esta suerte:

Berganza.—Cipion hermano, óyote hablar y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza.

Cipion.—Así es la verdad, Berganza, y viene a ser mayor este milagro en que no solamente hablamos, sino en que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razón, estando sin ella, que la diferencia que hay de animal bruto al hombre, es de ser el hombre animal racional y el bruto irracional."

Però vamos a otra prueba definitiva. Cuando Alonso Fernández de Avellaneda pensó en suplantar a Cervantes, poniendo a circular, de su cuenta y riesgo, el Segundo Tomo del Ingenioso Hidalgo de la Mancha, no reparó en que "segundas partes nunca fueron buenas", y menos en que el creador del maravilloso personaje había tenido por muertos a sus personajes centrales, al terminar su primera parte, según se colige de los epitafios:

"Aquí yace el caballero
Bien molido y mal andante,
A quien llevó Rocinante
Por uno y otro sendero."

Para imitar a Cervantes, hace Fernández de Avellaneda que Sancho ensille a Rocinante y enarbole a su jumento. Hasta le pone a declarar: "—entendiendo la lengua asnuna muy lindamente". Por qué no escogió otros animales, este imitador?. Porque sin su Rocinante y sin su rucio, ni Don Quijote ni Sancho, habrían sido tales, sino viles suplantadores, y el intento de imitación habría caído en mayor descrédito, del que ya mereció.

Como para rematar, que en punto a hacer probanza, no pueden dolerle prendas al buen pagador, recordemos que cuando en América se escribieron los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes (Ensayo de imitación de un libro imitable), pese a que Rocinante y rucio estaban reducidos a polvo, la nueva historia se inicia así; —"La casualidad quiso que Rocinante tomase por una vereda que en dos por tres los llevó a través de un montecillo, a un verde y fresco prado..." De primero aparece el caballo, y luego su dueño; rato después, "el escudero daba de los talones a su jumento, por no quedarse rezagado..."

Bien dijo el Maestro Zambrana (Don Antonio): "Aquellas figuras de Don Quijote y Sancho, tan genuinamente españolas, no dejan por eso de ser admirablemente universales, admirablemente humanas. Don Quijote, sobre su ruin jamelgo y el panzón Sancho, sobre su rucio plebeyo, como estatuas ecuestres, inmovibles, así los ha llamado Víctor Hugo,—marcan los linderos de lo ideal y de lo real, entre los cuales batalla y gime el pensamiento humano."

7.—Y Aquí, Punto Final.

Hemos realizado una obra de reparación histórica, exaltando los méritos de Rocinante y rucio, que no fueron simples compañeros de hazañas de sus amos, sino prolongaciones de su propias vidas. Su complemento. Mas, no estamos seguros de haber podido ser claros en la exposición y elocuentes en la alabanza y convincentes, sobre todo. Empero, el olivo de Minerva trae paz a nuestra ánima. Si el caballo que hizo brotar Neptuno, al golpe de su tridente, fué símbolo de la guerra, nosotros elevamos a la categoría de símbolo a Rocinante, que representa la nobleza, y al rucio que en la historia de Don Quijote, es ejemplo de avenimiento a las dificultades de la vida. Seguramente, si no fuimos precisos, sí ganamos del lector paciente, el premio que merecen la sinceridad y el reconocimiento de los méritos ajenos. Otros temen que se conviertan en sombras de su propia vida.

Los romanos invocaban a Júpiter en las grandes sequías. En nuestros empeños literarios, escarceos de poco alcance, hemos de implorar luces, que sean como el rocío con la virtud de enflorar nuestro pobre pensamiento. Aún en los campos yermos brotan florecillas. Su color es atractivo de los ojos y disimula la falta de aroma. Los matices embellecen el contorno. Ponga la buena voluntad del lector lo que aquí haga falta y valore más la fuerza del razonamiento que el ropaje del discurso. En la columna Trajana, Júpiter está caracterizado como dios lluvioso, de cuya barba y brazos, mana el agua abundantemente. Agua que rejuveneciera y vivificara el espíritu, habríamos necesitado, a torrentes, para salir airosos de esta hazaña, —en que valga la sinceridad—, sólo nos alentó el espíritu de justicia. Atributo de Dios.

San José, Costa Rica.—Diciembre de 1947.